

La máquina de la felicidad

José Antonio Suárez

<http://www.joseantoniosuarez.es>

CAPÍTULO 1

I

—Tengo una noticia buena y otra no buena —dijo el doctor Albino, mirando fijamente a la pareja—. Vuestro problema es muy común y tiene solución. Pero no será fácil.

—¿Esa es la noticia mala? —dijo el joven. Tenía treinta y cinco años, pero aún acusaba un acné rebelde que se negaba a desaparecer, y su apariencia era bastante inmadura.

—La no buena, Fidel, es que os costará una cifra respetable —dijo Albino—. La ciencia no ofrece de momento una solución definitiva a vuestro problema, pero hay tratamiento. Podéis consideraros unos privilegiados de que sea así.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —dijo el hombre—. Despidieron a mi mujer la semana pasada. Y tenemos dos hijos que mantener.

—Los hijos son lo más importante, y deberíais hacer lo que esté en vuestras manos para ofrecerles un núcleo familiar estable en el que crezcan.

El joven se rascó un barrillo del mentón, intuyendo que el médico no iba a realizarles un descuento.

—Pero siempre podéis dejarlo correr y confiar que se solucione con el tiempo —dijo Albino, con una media sonrisa—. Así ha sido siempre. Miles de psicólogos y abogados matrimonialistas viven de eso. Cuervos alimentándose de las rupturas de las parejas.

Fidel se quedó mirando los diplomas enmarcados que adornaban la consulta del doctor. Albino le ofrecía una solución a su problema, pero no acababa de fiarse.

—¿Qué pasa si la terapia falla?

—Los resultados están garantizados. Como os he dicho, se necesita un tratamiento prolongado para mantener los efectos de la neuroestimulación. El amor, en términos fisiológicos, es una anomalía. Algunos lo consideran una enfermedad, pero esa es una palabra muy fea. Suceden acontecimientos extraordinarios en el interior de nuestra cabeza, se liberan neurotransmisores, endorfinas, un cóctel explosivo que ocasiona cambios físicos y mentales. Al cabo de un tiempo, la situación se normaliza y la pasión desaparece. Es lo que os ha pasado a vosotros. Lleváis casados... —consultó sus notas— nueve años. Por lo que me habéis contado, tanto en las entrevistas que he mantenido por separado con ambos, como en esta última, ya no sentís nada el uno por el otro. Sois amigos, pero no amantes. La magia se ha esfumado, y, lamento decirlo, no volverá a vuestras vidas si no es con ayuda de la tecnología médica.

—Pero, ¿y si falla? —el joven intuía que tras aquel circunloquio, el médico trataba de esquivar su pregunta.

—Si decidís someteros al tratamiento, por la primera sesión solo pagaríais la tercera parte de mis honorarios. En la siguiente ya regularizaríais el pago con mi secretaria. Pero repito, os garantizo que después de probarlo, volveréis. Habéis venido porque una pareja que conocéis os recomendó mi consulta. ¿Tienen vuestros amigos alguna queja de cómo marcha su relación ahora?

—No —dijo la mujer—. El mes pasado se marcharon de viaje a Venecia.

—Como si vivieran una segunda luna de miel —dijo Albino—. Cuando llegaron aquí apenas se dirigían la palabra, y ahora están enamorados como el día que se conocieron. ¿No es maravilloso?

—Sí —sonrió ella, tomando de la mano a su marido—. Lo es.

—Reme, ¿te gustaría volver a ver en Fidel lo mismo que sentiste cuando te enamoraste de él?

—Mucho.

—Un divorcio os saldría más caro, los dos sufriríais y vuestros hijos recibirían la peor parte. La neurociencia ha

avanzado en los últimos años; conocemos mejor cómo funciona el cerebro, que en definitiva no es más que una máquina biológica: un complejo mecanismo de la evolución que funciona con pequeñas corrientes eléctricas y transmisores químicos entre las neuronas.

—Si es una terapia tan efectiva, ¿por qué no se ofrece en los hospitales? —dijo Fidel, tratando de encontrar una excusa para no desembolsar el dinero. Había acudido a la consulta por la tozudez de su esposa, pero si iba a hipotecarse para reconstruir su matrimonio, quizá no le mereciese la pena.

—Algunos de mis colegas piensan que el tratamiento que ofrezco es una banalización de la medicina. Se equivocan.

—¿Ah, sí? —el joven alzó una ceja escéptica—. ¿Por qué?

—La tecnología está para ayudar a la gente, pero muchos consideran que el alma reside en el cerebro y que no tenemos derecho a manipularla. Hay mucha superstición asociada con el tratamiento de las dolencias de la mente.

—Así que crees que no tenemos alma.

—Yo creo en lo que puedo ver y tocar. El alma no reúne ninguno de estos requisitos.

—Y yo creo que nos hemos equivocado al venir aquí —el hombre trató de levantarse de la silla—. Vamos.

Reme tiró firmemente de su mano, obligándole a sentarse. No le iba a poner tan fácil a su marido que se escabullera. Si habían llegado a aquella situación era por culpa de él, y ya podía ir buscando el dinero debajo de las piedras, porque no iba a permitir que destruyese la última oportunidad que tenían de recomponer su relación.

—¿Qué nos importa lo que nuestro doctor crea? —dijo ella—. No hemos venido aquí a hablar de religión.

—Sí importa, y mucho. ¿No ves la televisión? ¿O es que has olvidado quiénes nos gobiernan?

—Os aseguro que el ministerio de Ética no tiene jurisdicción aquí —les tranquilizó Albino—. La terapia es legal, y podéis decidirla libremente sin autorización administrativa. Es más, Fidel, si te preocupan las implicaciones religiosas del asunto, la Iglesia es la primera interesada en la indisolubilidad del matrimonio, y la

estimulación transcraneal evita que las parejas se divorcien.

—Pero... me estarás manipulando el cerebro.

—La televisión os lo manipula todos los días y ni siquiera dais permiso. En este caso seréis conscientes de cada paso, y podréis interrumpir el tratamiento cuando queráis. Los cambios no son irreversibles.

—A lo mejor no quiero cambiar porque estoy a gusto como soy.

—Estás haciéndonos perder el tiempo a mí y al doctor Albino —le recriminó su esposa—. Si quieres seguir como hasta ahora, ¿para qué has venido? ¿Para que piense que tienes voluntad de arreglar las cosas y luego te echas atrás? ¿Esta es otra de tus mentiras? Sé que te acuestas con otra y solo buscas una excusa para romper conmigo.

—Cariño, ya te he dicho mil veces...

—Dices que estás muy a gusto con lo que eres. Pues yo no. Ya no te reconozco, Fidel. Quiero recuperar al hombre con el que me casé. Tú no sientes nada por mí, ni siquiera me tocas en la cama. Si no fuera por nuestros hijos, yo no estaría aquí: te habría echado de casa.

Fidel respiró hondo. Estaba acorralado y no disponía de un plan de huida. Albino observó, complacido, cómo su terca resistencia a abrir la cartera se disolvía. Si se divorciaban, la pensión compensatoria que tendría que pagar a su familia le dejaría la nómina reducida a una cantidad ridícula. Tal vez la neuroterapia de aquel matasanos se acabaría pagando por sí sola, pensó Fidel.

—¿Tienes seguro de responsabilidad civil? Podría quedarme medio tonto, después de una de tus sesiones.

—Ya eres medio tonto, por si no te has dado cuenta —rió su esposa—. Dudo mucho que el aparato te deje peor.

—Bueno, existen tratamientos para mejorar la inteligencia —comentó Albino—; sus efectos no son permanentes, pero...

—No quiero saber lo que cuestan. Con esto es bastante —Fidel se levantó—. ¿Hay facilidades de pago?

—Mi secretaria os informará de los detalles financieros —Albino les estrechó la mano—. Tan pronto recibamos el primer pago, os citará para la primera sesión.

—¿Aceptas el pago en efectivo? —preguntó Reme, con inquietud—. Hay muchas colas en los bancos estos días para ingresar dinero, y ya hay comercios que solo admiten tarjetas de crédito o cheques.

—Es lo que tiene dejar las cosas para última hora —dijo el médico—. La ley que prohíbe los pagos en metálico entra en vigor la semana que viene, pero si aún conserváis billetes en casa, no tenemos ningún problema en aceptarlos.

—Estoy seguro —farfulló Fidel, entornando los ojos con desconfianza.

—A partir de la próxima semana, cualquier ingreso de monedas o billetes en el banco pagará un impuesto del diez por ciento, que llegará al treinta dentro de dos meses. Os sugiero que paguéis en efectivo los primeros ciclos de tratamiento, y os ahorráis un quebradero de cabeza en el banco.

Fidel no contestó. El médico los vio partir, y tan pronto sus pacientes cerraron la puerta, encendió un cigarrillo. Necesitaba dinero urgentemente para pagar el próximo pago del neuroestimulador, o se lo embargarían, y sin ese aparato tendría que cerrar la clínica.

Entró a la sala adyacente, donde se hallaba el aparato en forma de campana. Solo la electricidad que consumía ya le arrancaba un buen pellizco de factura de luz. La novedad de aquel negocio jugaba a su favor; tenía que ganar dinero rápido para amortizar el equipo, antes que los hospitales u otros colegas empezasen a hacerle competencia y se enzarzasen en una guerra de precios.

A pesar de la desconfianza con que Fidel acogía sus explicaciones, era cierto lo que les había contado. Podía entrenarse el cerebro como un músculo para que desarrollase habilidades adormecidas o aprendiese otras nuevas. Resucitar la pasión del primer flechazo era posible, pero ese tipo de emociones intensas se degradaban con el tiempo. El amor dejaba paso a la convivencia, a la amistad, a la rutina.

La neuromanipulación se conocía desde los años 60 del siglo XX, pero no se había puesto en práctica por escrúpulos morales. Él sabía cómo lubricar los procesos mentales para hacerlos más eficientes. A su juicio, privar de esa tecnología a

la gente era inmoral.

El cerebro humano puede controlarse con un mando a distancia. Aceptemos eso, aprovechémoslo como ventaja en lugar de ver un dilema ético. La clonación, la terapia génica y la experimentación con embriones fueron dilemas éticos hasta que la sociedad puso en un plato de la balanza los beneficios, en el otro las creencias morales y vio cuál pesaba más.

La gente ya era mayor para decidir qué hacer con su vida. Él no trataba a menores de edad. Los que acudían a su consulta eran adultos que sabían lo que hacían, aunque no diesen siempre esa impresión. Era un negocio más y él tenía gastos que pagar.

Raquel entró al despacho para informarle de que sus pacientes ya se habían ido.

—¿Han dejado una señal? —preguntó él.

—No —dijo su secretaria—, pero he visto a la mujer muy convencida.

—Ese cabrón pagará, si sabe lo que le conviene —Albino dio una última calada a su cigarrillo.

Sin embargo, no estaba seguro. Al entrevistarse por separado con Fidel, había admitido que tenía sexo ocasional con una compañera del trabajo. Accedió a venir a la consulta porque se sentía culpable, pero en realidad no tenía interés en que el tratamiento funcionase.

—¿Hay más clientes?

—Ninguno. Y te recuerdo que me debes tres meses de sueldo y la paga del verano.

—No tienes que recordármelo. Lo sé perfectamente. —Apagó el cigarrillo.

—No deberías fumar aquí. Causa mala impresión a los pacientes.

—Solo lo hago cuando se han ido.

—Aún así, el olor se queda flotando en el aire.

—Pues abre las ventanas.

—Por lo que me pagas también puedo limpiarte el despacho, si te parece.

—Raquel, entiendo que necesites el dinero, pero nos llevará tiempo conseguir más clientes. En cuanto la voz se corra, la clínica se llenará y mis dificultades financieras

desaparecerán.

—¿Y cuándo será eso? No puedo llenar la nevera de promesas.

—El próximo dinero que ingresemos será todo para ti, te lo prometo. Fidel y Reme volverán. Les pasa lo mismo a todos al principio: el tratamiento es demasiado bueno para ser verdad, pero en cuanto lo prueban se convierten en una fuente fija de ingresos.

—Te doy de plazo hasta fin de mes —le advirtió Raquel—. O me buscaré otro empleo.

Albino asintió. En cuanto se quedó solo encendió otro cigarrillo. Ya ventilaría el despacho luego. Total, no tenía más visitas.

Se había metido en aquel negocio con dinero prestado. Y no de un banco, porque ya le habían salido mal otras aventuras y ninguna entidad financiera se arriesgaba a prestarle un céntimo. Albino tuvo que acudir a fuentes alternativas que tenían aún menos paciencia que Raquel en cobrar sus deudas. Aunque entraba dinero en la clínica, la mayor parte se iba para el pago a su prestamista de los plazos pendientes, y aún así no conseguía ponerse al día. Los intereses se habían disparado y si no conseguía pronto otras fuentes de ingresos, no podría hacer frente a sus obligaciones.

Cuando ese día llegase, perder a su secretaria sería el menor de sus problemas.

Le habían vendido el neuroestimulador como un lucrativo negocio, y cierto que encerraba un enorme potencial de cara al futuro, pero para poder gozar de esas riquezas necesitaba un colchón inicial de ingresos, y el suyo se había quedado hacía tiempo sin aire ni relleno. Necesitaba un socio, alguien que pudiera avalarle para hacer frente a los gastos, aunque eso significase perder una buena parte de sus beneficios. Sin embargo, ningún neurólogo serio quería asociarse con él. ¿Dices que vendes un tratamiento para que la gente se vuelva a enamorar? Qué tontería. Los médicos de verdad no se dedican a esas frivolidades de alcahuetes y tertulianos de televisión. Era un paria, un apestado que había ido de hospital en hospital sin conseguir un puesto fijo y ahora se buscaba el sustento como podía. Sus notas en la universidad

fueron brillantes, pero no se le daba bien acatar órdenes. Debería haberse preparado una oposición en su momento, pero a sus cuarenta años ya no tenía ganas ni tiempo de regresar a los libros. Había perdido varias dioptrías durante la carrera y pequeñas motas flotaban dentro del humor vítreo de sus ojos, que destacaban especialmente cuando la luz era más intensa; no era grave, pero sí un incordio.

Su teléfono móvil le avisó de la llegada de un mensaje de texto. Su casero le advertía que si no se ponía al corriente del pago, el próximo requerimiento sería del juzgado para desahuciarle.

Cogió su abrigo y salió del despacho. Necesitaba un trago. O quizá algo más fuerte.

II

—Tiéndase ahí y relájese —el doctor Andrés Millán señaló la camilla montada sobre rieles, que introduciría al sujeto objeto de examen dentro del escáner en forma de donut.

—¿Relajarme? ¿Cómo quiere que me relaje? Me estoy jugando mi futuro. Esta prueba viola los derechos humanos más elementales, es vejatoria, es... una infamia.

—Yo no hago las leyes, señor Soto. Solo trabajo aquí —dijo el psiquiatra con indiferencia—. Compruebe de nuevo que no se olvida ningún objeto metálico en la ropa; tumbese y piense en algo agradable.

—No estoy loco, ni enfermo —bufó el hombre, nervioso—. Y me han obligado a pasar la noche en una cama de hospital.

—Es el protocolo que se sigue en estos casos. Durante el tiempo que ha permanecido en observación, nos hemos asegurado de que no ha consumido drogas ni se ha sometido a estimulación electromagnética cerebral. Hay aparatos portátiles que se venden en el mercado negro, y que alteran temporalmente el funcionamiento de las neuronas espejo, con lo que se falsearía el resultado de la prueba.

— Jamás he hecho daño a nadie. ¿Por qué me obligan a pasar un test de idoneidad pública?

—Todos los candidatos a cargos electos deben hacerlo. Si no quiere, es libre de marcharse.

—Pero entonces no obtendré el certificado, y sin él no podré presentarme a las elecciones.

—Podrá dedicarse a otras muchas cosas.

—Si a usted le dijeren que puede dedicarse a cualquier cosa menos a ejercer de médico, ¿cómo se sentiría?

—Mal, pero no soy yo quien tiene que examinarse.

—Por eso está tranquilo. Tiene en sus manos mi futuro y ni pestañea. Me pregunto por qué no se extiende el test a todo el mundo.

—¿Así se sentiría mejor?

Soto dudó unos segundos.

—Supongo que no. —Sus palabras no sonaban sinceras.

—Imagine que en el siglo XX se hubiera dispuesto de esta tecnología. Habríamos evitado la Segunda Guerra Mundial. Ni Hitler ni Stalin habrían llegado al poder. Esta máquina los habría detectado antes de que hubieran causado daño a los demás.

—¿Me está comparando con ellos?

—Ilustraba con un ejemplo los beneficios de la prueba.

Soto iba a tenderse en la camilla cuando reparó en la marca comercial del equipo médico:

—MindEye —murmuró—. ¿Este chisme puede leer mis pensamientos?

—No existen equipos de resonancia que puedan leerlos, ni creo que se inventen jamás. El cerebro no funciona como un ordenador.

—Pero se pueden manejar videojuegos con la mente.

—Comandos muy sencillos, señor Soto: arriba, abajo, izquierda derecha, avanza, retrocede, patrones simples de ondas cerebrales. Sus intimidades están a salvo, créame, y el PIN de su cuenta bancaria también.

Soto suspiró hondo y se tendió en la plataforma. El PIN de su tarjeta de crédito afluyó a su memoria. Ese psiquiatra listillo se creía muy gracioso. ¿Por qué había tenido

que mencionarle aquello? Por si acaso, lo cambiaría en cuanto saliese del hospital.

Andrés pulsó un botón en el frontal del escáner, y la camilla introdujo la cabeza de su paciente dentro del roscón metálico. El médico pasó a la cabina de control y activó el micrófono interno.

—¿Me oye?

—Perfectamente.

—Percibirá una serie de imágenes y sonidos. Cuando la máquina o yo le hagamos alguna pregunta, conteste de modo natural, sin pensar las respuestas.

—¿Si miento me penalizará el resultado?

—Es indiferente. La prueba mide cambios de actividad de grupos de neuronas sobre los que usted carece de control consciente. Nos interesa la respuesta emocional de su cerebro ante los estímulos que le vamos a mostrar, nada más.

—Así que no podría engañarle de ningún modo.

—Por favor, permanezca atento a la pantalla que hay frente a sus ojos.

La prueba comenzó. Soto podría engañar a una máquina de la verdad, si previamente se entrenaba para mantener sus constantes fisiológicas bajo control, pero aquel test no funcionaba así.

El cerebro humano emite ondas de respuesta infalsificables bajo ciertos estímulos sensoriales y el escáner MindEye capta los cambios electroquímicos que se producen en el córtex y el sistema límbico como reacción a datos sensoriales, analizando las áreas activas, como un árbol navideño en el que se encienden y apagan grupos de neuronas. Ante determinados estímulos, el dominio de la región donde se procesa el lenguaje sobre el sistema paralímbico se traduce en una firma de actividad electroquímica relevante para el test. El sujeto comprende el amor, la tristeza o el sufrimiento de otro ser humano a nivel intelectual, pero no emocional. No es capaz de ponerse en lugar de otro, de empatizar ante la alegría o el dolor de un semejante, aunque pueda aprender a fingir esas emociones. Quienes lo rodean tal vez no noten nada raro, pero el escáner sí lo notará.

Tras quince minutos de pruebas, las neuroimágenes

que aparecían en el ordenador reflejaban un predominio del córtex prefrontal y área de Broca sobre la zona de procesamiento emocional, que apenas denotaba actividad. El protocolo médico exigía un mínimo de media hora para que hubiese abundante material clínico que sustentase el diagnóstico, aunque Andrés ya lo tenía claro.

Soto era un cerebro frío.

Por cuestiones de política sanitaria, se trataba de evitar la palabra psicopatía, que se reservaba a los sujetos que hubieran delinquido. Un cerebro frío podía comportarse durante su vida de modo civilizado, sin matar ni robar, pero el potencial para causar daño a sus semejantes estaba ahí y las autoridades no podían ignorarlo; especialmente en los puestos de alto nivel, en los que un solo individuo podía tener en sus manos el destino de millones de personas. Era el caso de los miembros del Gobierno y de las altas instituciones del Estado. Soto pertenecía a un inquietante tres por ciento de la población, que carecía de uno de los atributos definitorios de la condición humana: la capacidad de sentir el dolor ajeno. Sus emociones estaban seriamente disminuidas, podía hacer el mal y no tener remordimientos ni importarle las consecuencias, salvo que afectasen a su persona.

Acabada la prueba, Soto se levantó de la camilla, vacilante, y miró fijamente al psiquiatra:

—¿Cuál es el veredicto?

—Le enviaremos el resultado por correo electrónico.

—Dígamelo ahora. Necesito saberlo ya.

—Me temo que tendrá que esperar. El análisis...

—He dado positivo, ¿verdad? Lo leo en su cara. No me mienta.

—Bueno, los datos no son definitivos, y tiene derecho a una segunda prueba. El doctor Rafael Llorens es el jefe del servicio de Neurología. Si lo desea, el hospital le dará cita para que su equipo lo valore otra vez.

—¿Qué posibilidades tengo de que haya un error?

—Soto aguardó la respuesta, pero Andrés no contestó—. ¿Alguna vez el doctor Llorens ha revocado un test positivo?

—Lo siento.

Soto recuperó su móvil, el anillo, la cartera y el

cinturón que se había quitado para la prueba.

—En realidad, siempre he sabido que no era como los demás —dijo—. Pero yo no tengo la culpa. Es como nacer con el pelo rojo o con pies planos. ¿Cree que elegí ser así? ¿Por qué la sociedad tiene que castigarme por lo que soy?

Andrés intentó animarle:

—Esto no es el fin del mundo. No podrá dedicarse a la política, pero hay muchas actividades en que puede ser útil a la sociedad. Ser un cerebro frío incrementa la capacidad de concentración, sufrirá menos estrés y angustia en la vida diaria. Piense en los efectos positivos de su condición y verá que no es tan malo.

Soto sonrió:

—¿Cree que voy a sacar un cuchillo y cortarle el cuello? Este su trabajo, tratar con gente como yo todos los días.

—Se sorprendería de la cantidad de personas como usted que hay en las cúpulas de las grandes empresas. Vienen aquí pensando hacer carrera política, y tampoco les sorprende el resultado del test. Muchos cirujanos o militares de su condición son extraordinariamente competentes en sus trabajos. La singularidad de un cerebro frío les da ventaja sobre sus competidores en ciertas tareas, como el procesamiento del miedo que realiza la amígdala, y que a una persona normal podría paralizarle.

—Vale, lo he entendido. Y deje de llamarme cerebro frío. Prefiero el término antiguo. Al menos no suena falso.

—Enfermería le enviará los resultados hoy mismo, con las instrucciones para solicitar la prueba de contraste.

Soto se marchó sin aclarar si la solicitaría. De poco iba a servirle: el escáner no cometía errores. La prueba podría realizarse sin intervención humana y la fiabilidad sería prácticamente idéntica.

Andrés consultó su reloj: podía disfrutar de una pausa de diez minutos antes del siguiente paciente. Aprovechó para revisar en su móvil los mensajes sin leer: tenía uno de su hija Laura, avisándole de que iría a dormir al apartamento el fin de semana, y otro de Albino, antiguo compañero de universidad. Desde que Andrés se separó de su esposa Ester, había

reanudado su amistad con aquel y ambos salían los sábados a cenar y despejarse un poco.

La ruptura con Ester le había destrozado y a Andrés le venía bien tener alguien de confianza con el que desahogarse. Albino estaba soltero y se ganaba la vida con un dudoso negocio de neuroterapia que era el hazmerreír de la profesión, pero a su amigo no le importaba lo que los demás dijese de él. Resultaba triste que alguien de la inteligencia de Albino malgastase su talento en una clínica para tratar el desamor; sin embargo, deseaba que tuviese éxito, porque Andrés seguía queriendo a su mujer y estaba dispuesto a perdonar sus infidelidades. Si había alguna oportunidad de que volvieran a unirse, merecía la pena intentarlo. Laura también quería que Ester y Andrés reanudasen la convivencia y hacía todo lo posible por recomponer puentes, pero no resultaba fácil. Hasta ahora sus intentos se topaban con un muro de indiferencia: Ester ya no le quería; quizá no había querido a nadie en toda su vida, salvo a sí misma, reflexionó.

Se preguntó qué ocurriría si Ester se sometía a neuroescáner, pensó malévolamente. ¿Pertenece a ese oscuro tres por ciento de población psicópata? Sería interesante hacer la prueba.

Sintió remordimientos por aquel pensamiento. Que Ester se hubiera hartado de él no probaba nada. Sucedió constantemente en las parejas.

Pensó en lo que Soto había dicho e imaginó qué pasaría si en el futuro, el Gobierno extendía a todas las profesiones la obligatoriedad del test de idoneidad pública. ¿Qué sería de él si daba positivo? ¿Perdería su trabajo? ¿Podía permitirse la sociedad tener una población psicópata ociosa?

Bueno, se había sentido culpable al desear que Ester pasase la prueba, y un cerebro frío jamás reaccionaría así. Vivían despreocupadamente, porque a pesar de sus graves carencias emocionales, no sentían el miedo como una persona normal, y por tanto, no tenían tanta ansiedad en la vida diaria ni elevados niveles de cortisol en la sangre que deteriorasen lentamente su organismo. La evolución no había eliminado a los psicópatas por razones utilitarias: poseían ventajas frente a sus competidores. Cumplían una función, como los lobos,

esperando la oportunidad de abalanzarse sobre la presa. Su falta de remordimientos, su resolución, capacidad de concentración y frialdad en la toma de decisiones, los hacía aptos para tareas donde los sentimientos eran un obstáculo. Los cerebros fríos eran conscientes de sus carencias, pero las suplían con un talento natural para simularlas. Observaban el entorno y se adaptaban como camaleones emocionales. Podías tenerlos a tu lado durante meses o años y no darte cuenta de lo que eran.

Albino le llamó por teléfono:

—Te envié un mensaje hace un rato —protestó.

—Acabo de verlo. Estaba con un paciente.

—Había pensado en salir esta noche a tomar unas cañas.

—Estamos a lunes, y mañana a primera hora tengo reunión con los jefes de servicio. No podría quedarme hasta muy tarde.

—Yo también tengo que trabajar mañana —dijo Albino—. Tomamos algo por ahí y nos recogemos pronto, ¿vale?

Andrés había notado inquietud en su amigo, y eso le sorprendió.

—De acuerdo.

Se encogió de hombros y se puso a examinar la historia clínica de su próximo paciente.

III

Laura acompañó a su amigo Félix a la habitación de aquella y le ayudó a quitarse el abrigo, aunque a él no le gustaba que le trataran como a un inválido. Había perdido la vista en un accidente hacía cinco años y ninguna prótesis ocular ofrecida por su seguro médico le había sido útil. La sanidad privada, sin embargo, ya había ensayado con éxito implantes corticales para devolver la vista a los ciegos; un par de microcámaras montadas en unas gafas transmitían la señal a un chip implantado en el cráneo del sujeto, que la enviaba a través de

electrodos a la corteza visual del cerebro. La familia de Félix carecía de medios para costearse la operación, y Laura llevaba mucho tiempo presionando a su padre para que su amigo fuese incluido en algún programa subvencionado, pero los fondos eran escasos y había una larga lista de espera que no podía saltarse. No le tocaría el turno hasta dentro de diez años.

—¿Qué le ha pasado a tu madre? —dijo Félix—. He notado su voz muy tensa.

—Ginés, el desgraciado de su novio, le puso un ojo morado tras una discusión. Lo ha echado de casa, pero mi madre es estúpida. Seguro que volverá.

—Debería denunciarlo y pedir una orden de alejamiento.

—No sé qué vio en ese cabrón para acostarse con él. Ojalá mi padre volviese a casa. Cuando Ginés está aquí, tengo que echar el pestillo del dormitorio por dentro. Ese baboso no para de mirarme, y mi madre ni siquiera se da cuenta.

—Lamento mucho lo que te está pasando.

—Gracias, Félix, pero mis problemas no son nada comparado con los tuyos. He vuelto a hablar con mi padre e insiste en que no puede hacer nada.

—Hay muchos invidentes en el mundo, Laura. No poseo ninguna característica que me haga especial. Cuando estas operaciones se extiendan, bajará el precio y quizá entonces esté al alcance de mi familia.

—No puedes resignarte a pasar diez años de tu vida a oscuras, sin luchar.

—Claro que puedo.

—Pues yo no voy a tirar la toalla. No es justo que la gente con recursos tenga acceso a esa tecnología y tú tengas que caminar con un bastón.

Félix acarició el rostro de Laura con las manos y la besó en la mejilla:

—Me conmueve que te preocupes tanto por mí.

—Hablé con Luis Galera, un amigo de la universidad.

—¿Galera? —Félix frunció el ceño.

—Sí. ¿Lo conoces.

—He oído hablar de su padre, Lázaro Galera. Y no demasiado bien.

—Tiene contactos influyentes, y mucho dinero.

—Se cuentan historias sobre cómo ha conseguido ese dinero. Y si solo una fuera cierta, habría motivos para no acercarse a ese tipo.

—Luis cree que podría ayudarte.

—No son una familia que se distinga en ayudar a los demás.

—¿Qué tienes que perder, Félix? Ya estás ciego. ¿Te vas a quedar peor?

—Pues no lo sé.

—¿Quieres perder los mejores diez años de tu vida en la oscuridad, sabiendo que hay un remedio ahí fuera y que está a tu alcance? Incluso aunque te pidieran algo a cambio...

—Seguro que me lo pedirían.

—Aunque así fuera, ¿no merecería la pena?

Félix guardó silencio. Neko, el gato persa de Laura, entró en la habitación y se sentó en el regazo de su dueña, pero esta no le hizo demasiado caso y el felino pronto comprendió que estaba allí de más.

—No entiendo cómo puedes seguir dudando —insistió Laura—. Yo en tu lugar no me lo pensaría.

—No me preocupa Luis, sino su padre. Lázaro es un hombre poderoso. Se cuentan cosas terribles de él.

—Consigue lo que otros no pueden. Mi padre es médico y ni siquiera puede hacerte un hueco en la lista de espera de su hospital.

—Quizá no sea poderoso, pero es honrado. Y es tu padre, Laura. Andrés no tiene nada que envidiar a ese canalla de Lázaro.

—¿Me estás diciendo que rechazas la ayuda? Luis comentó que si no te interesa, se la ofrecerán a otro invidente.

—¿En qué consiste exactamente esa oferta?

—En devolverte la visión, ya te lo he dicho. ¿Te parece poco?

—¿Y no tendría que pagar?

—¿Cómo ibas a hacerlo? Tu madre está sin un céntimo, más o menos como la mía. Ya le he contado eso a Luis. Ellos tienen dinero de sobra. No habría problema en ese aspecto.

—Me conmueve tanta generosidad.

—¿Por qué estás siendo tan borde? Creí que te haría ilusión recuperar la vista. Has soñado con eso desde que tuviste el accidente.

El joven la cogió de la mano:

—Es verdad.

—Bien, ¿dónde está el problema?

—No sé si has oído hablar de los neuros, unos estimuladores ilegales que circulan en el mercado. Los traen de China; allí las autoridades hacen la vista gorda y se llevan una tajada.

—Algo he leído.

—Los neuros están prohibidos en Europa, por ser extremadamente peligrosos.

—El alcohol y el tabaco también son peligrosos, pero el Gobierno cobra impuestos por su venta. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Lázaro Galera está metido en el contrabando de neuros.

—Habladurías.

—Ahora eres tú quien está ciega. Ten cuidado con ese amigo tuyo.

—Le diré que no te interesa y ya está.

—¿Cómo sé que no me interesa si no sé las condiciones? Pregúntale por la letra pequeña. Los Galera no ayudan a los pobres: se aprovechan de ellos.

—Le preguntaré —sonrió ella—. Tranquilo, no te arrepentirás.

—Quizá yo no, pero ¿y tú? Podría enamorarme de otra si vuelvo a ver —bromeó Félix—. Tal vez no seas tan atractiva como he imaginado.

—Correré el riesgo.

—¿Sabes una cosa, Laura? No percibimos la realidad, sino una recreación de nuestro cerebro. La visión, por ejemplo. Es cierto que yo no veo ninguna clase de luz, pero tú eres ciega a los rayos gamma, a los X, a las ondas de radio; quizás con unas lentillas especiales podrías ver el infrarrojo y el ultravioleta, pero seguirías sin ver gran parte del espectro.

—Algo es mejor que nada.

—A veces sueño sin imágenes, pero en otras recuerdo las cosas y las personas que conocí antes de quedarme ciego. El cerebro crea una versión de la realidad, que aceptamos como auténtica mientras estamos dormidos. Quizá la realidad solo sea una pesadilla.

—¿Qué imagen tienes de mí cuando sueñas? Nunca has visto mi rostro.

—Bueno, sé que tienes el pelo y los ojos negros porque me lo has dicho. También tengo una imagen mental de las facciones de tu cara por el tacto. No me hace falta verte para saber que eres hermosa, y que me gustas.

—Gracias —ella le besó en la mejilla.

—Pero tengo dificultades en verte en sueños. A veces te veo hablando, caminamos por la calle y tú me guías, percibo olores, sonidos, pero las imágenes no siempre acuden. Es como si mi cerebro empezase a aceptar la oscuridad como la realidad auténtica, porque cada vez tengo más sueños sin imágenes. He leído que es un proceso progresivo entre los ciegos.

—Si esperas diez años, tu cerebro olvidará cómo procesar la luz y el implante sea inútil. No funciona en invidentes de nacimiento, y si se perdió la vista hace muchos años, la rehabilitación es muy larga y no siempre funciona. Por eso es tan importante que actuemos antes de que sea tarde.

Félix sabía que el cerebro funcionaba como un músculo: necesitas ejercitarlo a diario para que no se atrofie; y la parte especializada en procesar las imágenes, el córtex visual, llevaba cinco años inventando luz dentro de su cabeza. Las neuronas especializadas en esta tarea se habían vuelto vagas, y sus funciones estaban siendo asumidas por otras regiones del cerebro. Por eso los sentidos de los ciegos eran mejores que los de las personas que podían ver: tenían un conjunto de neuronas en vacaciones forzadas que podían asumir nuevas tareas. Sin embargo, al especializarse en el procesamiento de sonidos u olores, las neuronas empezaban a olvidar su tarea original. ¿Sería demasiado tarde para él? Los comités de valoración elegían a invidentes que acababan de perder la vista, para que la rehabilitación fuese lo más rápida y barata para el Estado. Al igual que los paraplégicos operados

para reparar la médula espinal seccionada, se requería educar al cerebro para que recordase las habilidades olvidadas. Por eso Félix había recibido una valoración tan baja. Decirle que esperase diez años equivalía a negarle el implante de por vida. Dentro de una década estaría aún peor y sus posibilidades de rehabilitación habrían disminuido dramáticamente.

Laura tenía razón. Aquella era su última oportunidad de recobrar la vista, y si rechazaba su ayuda, quedaría condenado a no ver jamás la luz del Sol. Ya resultaba muy duro levantarse por la mañana y ser consciente de todo lo que se estaba perdiendo. Cuando se quedó ciego pensó en suicidarse, en que su vida no merecía la pena, en que era una carga para quienes lo rodeaban. Fueron semanas angustiosas hasta que se sobrepuso, aceptó la nueva realidad y encontró motivos para seguir adelante.

Si no aceptaba, si se rendía ahora, se estaría arrepintiendo hasta el fin de sus días. Su actitud era un insulto hacia su amiga y hacia los miles de invidentes en España que soñaban con recobrar la vista. No se merecía la suerte de tenerla a su lado; si la seguía martirizando con sus dudas, ella decidiría que no tenía por qué cargar con un minusválido que rechazaba ayuda.

Y lo abandonaría.

CAPÍTULO 2

I

Fidel y Reme volvieron a la consulta. Previo pago de la primera mensualidad, entraron mansamente a la sala del estimulador. El hombre miraba con recelo la máquina.

—Siéntate —le indicó Albino, alisándose su bata blanca. Tenía una mancha de bolígrafo en la manga y otra de café en la pechera, que había tratado de eliminar con jabón. Por desgracia, su bata de repuesto estaba aún más sucia.

—¿Yo primero? —Fidel miró a su mujer—. Deberías empezar con ella. Es la que se ha empeñado en venir aquí.

—¿Ya estás otra vez? —le recriminó ella—. Cállate y deja que el doctor haga su trabajo.

Albino se situó detrás de Fidel y le pidió a Reme que no se moviera de donde estaba.

—Es importante que tu marido te tenga a la vista mientras dure la estimulación cerebral.

—¿Y si olvido cosas? ¿Y si después de meter mis sesos en esta campana no me acuerdo de que es mi mujer?

—Seguro que eso te gustaría —dijo Reme con acidez.

—Este aparato actúa sobre el sistema límbico —explicó Albino—, que es la zona encargada de las emociones. En concreto, trabaja sobre la ínsula y el núcleo estriado, desencadenando la producción de oxitocina, norepinefrina y dopamina, que...

—¿Se supone que me intenta tranquilizar con esa jerga de médicos?

Albino puso en marcha el estimulador. Desde luego, no iba a dejarle más tonto de lo que ya era. Hasta la tecnología más avanzada tenía sus límites.

La luz de la clínica decreció unos segundos, a causa del elevado consumo eléctrico de la máquina, y luego se recuperó a su nivel normal.

—Verás cómo te gusta.

—¿Tienes un seguro por si algo va mal? No me dijiste si lo tenías.

—Desde luego que sí —mintió Albino—. Relájate y concéntrate en ella. No la pierdas de vista.

—A menos que prefieras mirarle a él —dijo Reme—. Igual te va más la carne que el pescado.

Fidel iba a responderle, pero empezó a pensar que no era necesario. Algo bullía dentro de su cerebro. Y le gustaba.

—¿Por qué sonrías? —inquirió ella.

Él guardó silencio. Sentía el inicio de una erección. Albino le hizo una seña a la mujer para que siguiese hablando.

—Explicame qué experimentas en este momento.

La erección se afianzaba. Fidel estaba eufórico. Aquel matasanos tenía razón. El cacharro funcionaba de verdad.

—Te veo distinta —dijo—. Incluso tu voz suena de otra manera.

—El tono de la tuya también.

Albino se frotó las manos. El estimulador hacía su trabajo a la perfección.

—Acércate, cariño —dijo Fidel.

Ella se aproximó a su marido, que le estrechó afectuosamente la mano:

—Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

Reme dirigió una mirada emocionada a Albino. El pecho del médico se hinchó como un pavo. Instantes como ese hacían que mereciesen la pena los malos tragos que había pasado para montar aquel tinglado.

—¿Cómo dijiste que funciona esto? ¿Oxitocina? ¿Se vende en pastillas? Quiero dos cajas.

Ella advirtió el bulto que había crecido en la entrepierna de su esposo y entendió a qué se refería. Era la primera vez en mucho tiempo que Fidel se excitaba con ella.

—Me encanta esto. Deberíamos haber venido mucho antes. Pienso recomendárselo a todos mis amigos.

Albino asintió, complacido. Veinte minutos después le tocó el turno a Reme. Ella todavía lo seguía queriendo y necesitaría menos tiempo en cada sesión: no se trataba de resucitar un amor muerto, sino de avivar los rescoldos.

Fidel ya no volvió a mencionar el asunto del seguro, aunque le inquietó descubrir que solo con apretar un botón, alguien tenía el control sobre sus pulsiones sexuales. De modo que eso era el amor, corrientes eléctricas y química. Él creía que la mente humana era mucho más que eso, que el amor era un cóctel esotérico de sentimientos que trascendía la ciencia, que la energía del espíritu no podía medirse con un osciloscopio.

Pero conocer el truco no restaba mérito a la habilidad del mago, y Albino les había dado exactamente lo que prometió. Cómo lo había hecho era secundario; el caso es que Fidel abandonó la clínica cogido del brazo de Reme, entre caricias y besos, deseando llegar a casa para encerrarse en el dormitorio y hacerle el amor durante horas.

Fidel no lo sabía, pero las regiones cerebrales que controlaban el amor eran las mismas que gobernaban la adicción a las drogas. En realidad, Albino acababa de convertir a la pareja en adicta sin firmar una sola receta, porque el cerebro se encargaría de sintetizar los estimulantes que necesitaban. El secreto consistía en enseñar a las neuronas cómo y cuándo activarse para intercambiar los neurotransmisores adecuados. Una vez iniciada la cadena de producción, la síntesis se automantenía durante un tiempo hasta que cesaba, lo que conducía a sus pacientes de vuelta a la consulta.

Aunque menos solicitado por sus clientes, también trataba el mal de amor, un desequilibrio cerebral producido cuando alguien se enamoraba pero la persona querida le rechazaba. El cerebro entraba en un estado de ansiedad producto del síndrome de abstinencia, necesitaba estar cerca de la persona deseada para sentir placer, y aquella no le correspondía. Si se educaba al cerebro a sintetizar las sustancias que producían euforia ante la presencia del ser

amado, este ya no era necesario y el paciente recobraba paulatinamente el equilibrio mental. Luego se le retiraba progresivamente la estimulación y volvía a la normalidad; un tratamiento que podía ser muy efectivo en las toxicomanías, cuyas perspectivas de negocio exploraría si conseguía remontar sus dificultades económicas.

Abrió la puerta del despacho para avisar a Raquel que todo el dinero abonado por la pareja iría para ella, como le prometió. Desgraciadamente, tenía visita. Y no era otro cliente.

—He venido a cobrar lo que debes. Esta vez no habrá un nuevo plazo.

Max era un tipo gordo y desagradable; había ejercido de médico forense en la primera etapa de su carrera; luego se pasó al sector privado, como cirujano, y acumuló varias denuncias por negligencia profesional. Fue inhabilitado para la medicina, aunque seguía ejerciendo extraoficialmente. A Max nunca le habían importado las reglas, y en eso se parecía a él.

—Pasa y hablamos.

—Tenemos poco de qué hablar —Max alzó un dedo amenazante, pero entró al despacho.

—El equipo que me vendisteis funciona de maravilla —dijo Albino, sentándose tras su escritorio.

—No cambies de tema. ¿Dónde está el dinero?

—Te prometo que lo tendréis en un par de días.

—No somos un banco, ¿sabes? Nadie te prestaría un euro, Albino. No tienes dónde caerte muerto. Si no fuera por nosotros, estarías durmiendo entre cartones.

—Soy vuestra mejor carta de presentación para vender el equipo, pero este negocio es muy nuevo y nadie más tiene este aparato. La gente todavía no se cree lo que es capaz de hacer. Suena demasiado bueno para ser verdad.

—Esta tarde vendrá alguien para llevarse la máquina. Pero esto no quedará aquí. Sigues debiéndonos el dinero y vamos a cobrarnos de un modo u otro.

—Max, tú eres médico, como yo. No te va el papel de matón.

El hombre rió y sacó un puro pequeño, que prendió con un encendedor de oro.

—¿No vas a invitarme a un trago, cabrón?

Albino se dirigió a su armario botiquín, donde escondía una botella de whisky, y sirvió dos vasos.

—Solo este mechero vale más que todo lo que hay en este cuchitril —fanfarroneó Max—. Incluida esa bata piojosa que llevas.

Su tono había pasado de la amenaza a la bravuconería. Era un buen comienzo. Albino tomó un sorbo de su vaso y se tranquilizó ligeramente.

—Renueva tu vestuario, joder. ¿Cómo quieres tener clientes con ese aspecto? Si ni siquiera te has afeitado esta mañana.

—Sí que lo he hecho —pero apresuradamente, y la barba le crecía rápido, aparte de que la afeitadora ya no apuraba. Albino empezó a notar que la barbilla le picaba, pero reprimió rascarse.

—Te voy a hablar claro. Si el jefe no quisiese darte una oportunidad, no me habrían mandado aquí, sino a otro de modales menos exquisitos —Max se hurgó en la oreja izquierda y extrajo con el meñique un grumo de cerumen verde, que limpió en la tapicería del sillón—. Sabes perfectamente que no podrás pagarnos, ni dentro de dos días ni de dos semanas. Estás arruinado.

—Sabíais mi situación económica cuando me prestasteis el dinero.

—Vaya, qué listo —Max terminó su whisky y se sirvió otro—. Y eso te conduce a que te hagas una pregunta.

Pero Albino no dijo nada.

—¡Hazla, joder!

—¿Qué queréis de mí?

—Muy bien —la ceniza del purito cayó sobre el reposabrazos del sufrido sillón, produciendo un quemado bien negro—. Necesitan tus servicios. Una o dos tardes a la semana, hasta que pagues la deuda.

—Ya tengo un trabajo y pacientes que atender.

—Sé cuántos pacientes entran aquí, no me tomes por idiota; y tu trabajo como operador de la máquina podría hacerlo hasta un mono.

—No se puede administrar neuroestimulación sin ser

médico en activo.

—¿Lo de *en activo* lo dices por mí?

—Me limitaba a constatar un hecho.

Max le tiró una tarjeta de cartulina sobre la mesa:

—Preséntate pasado mañana en esa dirección. Y no comentes a nadie que vas a ir.

—¿Por qué me queréis a mí?

—Dicen que aún no has perdido el toque, pero yo lo dudo. Supongo que no han encontrado a nadie más a mano.

—Si necesitan a alguien hábil, tú eres la persona indicada.

Max barajó durante un par de segundos si se estaba burlando de él. Como no estaba seguro, continuó:

—Tú eres el especialista en mirar dentro de las cabezas de los pardillos —dijo, expulsando hacia él un denso anillo de humo.

Albino dio vueltas entre los dedos a la tarjeta. No tenía alternativa. No podía devolver el préstamo y aún debía parte de otro anterior que pidió para cubrir sus pérdidas en el juego. Le propusieron montar la clínica para pagar con las ganancias sus deudas, pero lo cierto era que se había entrampado más. Albino se desenganchó de su ludopatía a través de electroestimulación, con un neuro de fabricación china que Max le había vendido a bajo precio. Como Albino no se fiaba de él y tenía conocimientos avanzados de electrónica, desarmó el neuro, le hizo unos cuantos ajustes para que no fuese peligroso, y lo reprogramó instalándole un código fuente abierto, desarrollado por voluntarios en una comunidad hacker de Internet. Desde que lo usaba no había vuelto a pisar una mesa de juego. Cuando sentía la pulsión de jugar, activaba el neuro y su necesidad desaparecía. Era mejor que tomar ansiolíticos, y mucho más barato.

Naturalmente, los neuros no se habían fabricado para curar a las personas de sus debilidades, sino para explotarlas. Aquella tecnología no era en sí buena ni mala, pero el uso que algunas personas hacían de ella sí tenía un componente perverso. Por eso los neuros estaban prohibidos, aunque su comercialización no era delito porque su uso no estaba extendido y las autoridades solían legislar con bastante retraso,

salvo cuando se trataba de crear nuevos impuestos o aumentar los existentes.

Albino no quería perjudicar a su secretaria; sabía lo difícil que era encontrar otro trabajo, y si cerraba la clínica, la dejaría en la calle. Le preocupaba más lo que le pasase a Raquel que lo que pudieran hacerle Max y sus matones a él.

—Necesito garantías de que, pase lo que pase, dejaréis tranquilos a mis empleados.

—¿Por qué hablas en plural, si solo tienes uno?

—Pienso ampliar plantilla en cuanto el negocio despegue.

Max rió.

—No deberías chutarte todos los días. El cerebro se te cocerá como un huevo duro, y entonces no nos serás útil.

—Yo no me chuto.

—Pues deja de decir tonterías —Max aplastó la colilla del cigarro con el zapato y se levantó—. Se te echa de menos en las timbas de cartas. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto decente?

—No sé con qué dinero quieres que apueste.

—En eso llevas razón. Acude a la cita de pasado mañana y así no tendrás que preocuparte por la suerte de Raquel —antes de salir del despacho, añadió—: La tuya, me temo, nunca te ha preocupado.

II

Laura contemplaba impresionada la cantidad de personajes conocidos que se habían reunido en la finca de los Galera. Lázaro, el padre de Luis, había invitado a cordero asado a medio centenar de amigos; ella reconoció al menos a una docena de caras, entre empresarios, banqueros y políticos que solían aparecer en los noticiarios; del resto no les sonaba su cara, pero Laura tampoco se movía en los ambientes de la familia Galera. Una flota de coches de alta gama ocupaba los aparcamientos de toda la manzana y alrededores, vigilados por la policía local y los escoltas de los invitados.

Con su modesto vestido comprado en las rebajas, Laura se sentía ridícula, un patito feo rodeado de cisnes. Luis la acompañó a una larga mesa servida por camareros con levita, donde había bebidas y canapés.

Lázaro, el anfitrión de la fiesta, disfrutaba volando como un abejorro de un grupo en otro, en busca de néctar. Aquellas reuniones eran el caldo de cultivo ideal para cerrar negocios y trazar otros nuevos. Además, le encantaba hacer ostentación de su fama de rico excéntrico, y había planeado un espectáculo para sus invitados que los dejaría boquiabiertos. Pero aún tenía que hablar con unas cuantas personas.

Lázaro observó a su hijo de la mano de aquella muchacha y frunció el ceño. Luis no debería haberla invitado a la fiesta. No era de su clase, y podía escuchar conversaciones que no debería. Los vio cómo rodeaban la piscina y se alejaban hacia la explanada donde se organizaban competiciones de tiro, pero que aquella tarde tendría un nuevo uso. Cerca de la explanada, Lázaro disfrutaba de un zoológico privado donde atesoraba ejemplares de especies oficialmente extintas, resucitadas por ingeniería genética o robadas de sus hábitats naturales. Lázaro no era un coleccionista cualquiera. Atesoraba solo aquellos ejemplares que nadie más podía tener, no porque le gustasen los animales —salvo que se sirviesen acompañados de vino y apetitosa guarnición—, sino porque eran únicos, y eso causaba la admiración o envidia de sus colegas. Ambas emociones eran muy gratificantes para él.

—No había tenido oportunidad de agradecerle tus gestiones ante el ministerio de Hacienda —le decía Oñate, consejero delegado de uno de los bancos más grandes del país.

—Sí, la ley del pago seguro y prevención del fraude es una realidad —sonrió Lázaro—. Me pregunto cómo hemos podido vivir sin ella. El Estado aumentará de forma notable la recaudación y vosotros recibiréis vuestra mordida.

—Cierto. Nadie podrá comprar un paquete de pañuelos sin recurrir al dinero electrónico —se felicitó Oñate, tomando al vuelo un canapé y una copa de cava—. Bendita tecnología.

—Una mordida que irá creciendo en cuanto la gente se acostumbre a las tarjetas y al pago con móvil y huella dactilar —dijo Lázaro.

—Primero habrá que acabar con la economía sumergida del papel moneda —dijo el banquero—. Muchos ciudadanos se resisten a pasar por el aro. Hay que hacer algo con ellos, o no nos tomarán en serio.

—¿En qué estás pensando?

—En que la tenencia de dinero físico se considere una infracción, administrativa o penal. Una presunción *iuris et de iure* de que el poseedor trata de evadir al fisco.

—Los ciudadanos ya están bastante cabreados con esta ley —comentó Lázaro—. No conviene soliviantarlos en tan poco tiempo. Que haya un poco de economía sumergida no es malo para el país. Además, la ley contempla algunas excepciones. Se podrá apostar en efectivo en los casinos.

—Excepciones... —murmuró Oñate—. Claro. Me pregunto por qué no se puede hacer una excepción conmigo.

—¿A qué te refieres?

—A los Test de Idoneidad Pública.

—Fueron implantados por directrices del Gobierno, iban en su programa electoral, y por cierto, ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Pues que todas las leyes tienen excepciones, cuando nos conviene. No es bueno que el partido democristiano esté tan influido por los creacionistas estadounidenses. Esa secta ha puesto su pezuña en la Casa Blanca y quiere exportar su basura religiosa por toda Europa.

—Solo debería preocuparte dar positivo en un TIP si fueses a dedicarte a la política, pero no será tu caso —Lázaro lo miró fijamente—. Ah, ya veo —dijo con un tono de decepción.

—¿Y por qué no?

—Siempre consigues que los demás hagan lo que quieres. ¿Para qué exponerte? Que otros se lleven los palos mientras tú recoges los frutos.

—¿Qué pretende el Gobierno, encerrar al tres por ciento de la población en campos de concentración? —Oñate ignoraba los comentarios de Lázaro. Su mente estaba en otro mundo, más allá del poder económico, que ya tenía. No le bastaba influir sobre quienes tomaban las decisiones en el país: quería tomarlas él mismo—. Me niego a someterme a esa

humillación, y que alguien de la clínica filtre el resultado del test. Me hundirían. Quedaría etiquetado para el resto de mi vida como un monstruo. Además, no necesito hacerme la prueba para saber que daría positivo.

—Me alegra que seas sincero. La mayoría de las personas con las que trato no reconocen su condición.

—No me agrada saber que soy un cerebro frío. Si no lo fuese, no habría tenido tanto éxito en las finanzas. Los que llegamos a la cima estamos hechos de otra pasta. Los sentimientos interfieren en la toma de decisiones, nos debilitan, y la competencia se aprovecha. Nunca bajamos la guardia.

—Querido amigo, ¿qué quieres que haga por ti?

—Que me ayudes a pasar el test, Lázaro, que obtenga un TIP que me califique como una persona normal. Esta legislación nazi debe ser abolida, y lo será algún día, pero hasta entonces debemos encontrar métodos para sortearla.

—Tengo influencias, pero lo que pides es difícil.

—Lázaro, el dinero no será un problema.

—Yo no pido dinero a los amigos. No es mi estilo.

Y era cierto. No necesitaba pedirlo, porque este llegaba de todos modos por una vía u otra. Oñate le dirigió una mirada de comprensión.

—Si algún día llegase a formar parte del Gobierno, no olvidaría este favor.

Luis y su amiga aparecieron de improviso; su hijo hizo ademán de acercarse para que Laura le saludase, pero Lázaro le cortó con un gesto de la mano, indicándole que estaba ocupado. Su hijo puso una expresión de enfado y la pareja se alejó.

Lázaro consultó su reloj y miró al cielo: habían aparecido nubes grises en el horizonte y no podía demorar más los prolegómenos. Era el momento de zafarse de Oñate. No iba a darle esperanzas de que conseguiría lo que quería, pero tampoco demostrarle que carecía de los contactos necesarios para hacer su sueño realidad.

Indicó a un camarero que los invitados se dirigiesen al campo de tiro.

La explanada estaba rodeada por vallas metálicas. Los

comensales se preguntaron qué tendría preparado su anfitrión para ellos. Un par de vigilantes de seguridad estaban apostados discretamente al otro lado del campo, con rifles de precisión. El misterio se palpaba en el ambiente y la gente no paraba de murmurar. Un camarero aguardaba con uno de los doberman más fieros de la familia Galera, Calígula. Lázaro lo sujetó de la correa y cruzó con él la valla. Había tenido a Calígula un día sin comer y el animal estaba muy inquieto y enfadado. La presencia de espectadores a su alrededor no contribuyeron a calmarlo. El camarero cerró el tramo de la valla y avisó a través de su móvil a un compañero de que era el momento.

Desde una esquina, Luis sacudía la cabeza. No sabía qué concepto se llevaría su amiga de aquella velada, pero intuía que no sería positivo.

Un camión se había acercado al otro de la explanada. Abrieron la puerta del remolque y un magnífico ejemplar de tigre de Sumatra saltó a la arena. Entre los invitados se alzó un coro de asombro. Apenas quedaban unos pocos ejemplares de tigres en cautiverio en todo el mundo, y los de Sumatra se habían extinguido hacía tiempo. Era asombroso que Lázaro tuviese uno, pero aún más que se hubiese lanzado a pelear contra él, sin más armas que el doberman, como un gladiador del Coliseo. Ciertamente, su indumentaria de cóctel no era la adecuada para batirse en duelo con un felino cuyos colmillos eran más grandes que su mano.

El doberman tiraba de la correa y se puso a ladrar. Lázaro le soltó y el perrazo se abalanzó hacia el tigre, pero a mitad de recorrido cambió de opinión y trató de escapar. El tigre lo atrapó entre sus zarpas cuando Calígula intentaba trepar por la valla. Sus garras despedazaron al can y sus brillantes bigotes se empaparon de sangre fresca y vísceras.

Laura contemplaba aquel espectáculo entre asqueada e intrigada, buscando su significado. Lázaro estaba a treinta metros del tigre y se paseaba por la explanada sin miedo, retando a la fiera y sonriendo a su público. ¿Por qué había sacrificado a uno de sus perros? ¿Formaba parte de algún juego sádico? Ella recordó las palabras de su amigo Félix sobre los Galera, y se estremeció. Observó a Luis, que no

parecía nada contento con aquel espectáculo circense. Él tampoco sabía qué pretendía su padre.

El tigre se fijó en Lázaro y perdió interés por el cuerpo desmembrado de Calígula. Lázaro avanzó dos pasos y se detuvo. Le seguía provocando y eso aquel animal, que no comprendía las sutilezas de la maldad humana, no iba a tolerarlo. Se acercó hacia él con sigilo, calculando el tiempo que necesitaría para cubrir la distancia que los separaba y clavarle los dientes.

—¡Jodido gato de los cojones! ¿Quieres atacar de una vez? No tengo todo el día.

Los bigotes del tigre se removieron de sobresalto. Había captado el tono de desprecio y corrió hacia su nueva presa.

A un metro de distancia el animal se detuvo en seco. Lázaro sonrió de nuevo y levantó los brazos. Después, dando la espalda al tigre, contempló a sus invitados, que estallaron en aplausos. El animal no era capaz de avanzar un solo paso: se sentó sobre sus cuartos traseros y después se tumbó mansamente. No estaba amaestrado ni había perdido el instinto de caza, como Lázaro había demostrado a la audiencia al lanzarle a Calígula para que lo atrapase. Entonces ¿cómo lo había hecho? ¿Cómo había parado en seco a un animal salvaje, obligándole a tumbarse?

Lázaro mostró al público su truco: un diminuto mando a distancia escondido en la palma de su mano. El tigre tenía un implante craneal; le habían introducido electrodos en el interior de su cerebro, por los que se podían controlar sus funciones motrices. Igual que se podía frenar a aquella fiera a voluntad, se la podía espolear para que fuese agresiva. La cría de animales salvajes en cautividad los despojaba de su instinto de caza; se volvían pasivos y gandules, no buscaban el alimento porque estaban acostumbrados a que sus cuidadores se lo diesen. No eran aptos para el deporte cinegético. Los cazadores pagaban fortunas por intentar abatir ejemplares como ese siempre que matarlos fuera un reto y no una variación del tiro al plato.

—Siento que hayas tenido que ver esto —se disculpó Luis—. Mi padre es así. Le gusta llamar la atención.

—Desde luego, lo ha conseguido —reconoció Laura.

—Ni siquiera es original. En los años sesenta del siglo pasado, el doctor Rodríguez Delgado hizo lo mismo con un toro. Se ganó bastante mala fama a partir de entonces.

—He visto que tenéis un pequeño zoo. ¿Le gusta cazar a tu padre?

—Le encanta. La mayoría de los invitados varones que ves por aquí son compañeros de montería. Mi padre dice que la caza beneficia a la economía y mantiene muchos puestos de trabajo, y que algunas especies no existirían si no hubiera cazadores, pero creo que hay algo perverso en una persona que mata a un animal por placer. La vida es un acontecimiento extremadamente raro en el universo, y no hemos aprendido aún a tratarla con respeto.

Laura asintió, fascinada por aquellas palabras adorables. Luis no era como su padre, jamás sacrificaría a su propio perro ni reduciría a un animal majestuoso como el tigre a la condición de juguete teledirigido. Por un momento deseó que aquel mando a distancia no hubiera funcionado y que el tigre dispusiese de la oportunidad de ajustar cuentas con Lázaro, pero luego recordó por qué estaba allí. Le gustase o no, Lázaro tenía la llave que Félix necesitaba para recuperar la vista.

—¿Quieres que sigamos hablando después de lo que has visto? —dijo Luis, compungido—. Si lo prefieres, te llevaré de vuelta a casa.

—No voy a echarme atrás ahora.

—Lo primero que tienes que preguntarte es hasta qué punto quieres a Félix.

Ella dio vueltas a aquella idea. Si contestaba que lo quería mucho, ¿significaba que no debería operarse?

—No entiendo qué tratas de decir —dijo Laura.

—¿Quieres condenar a tu amigo a la ceguera para el resto de su vida? ¿Crees que así sería más feliz? Piensa en todo lo que se está perdiendo. La vida es demasiado corta para sufrirla a oscuras. Piensa también en cómo te sentirás si no lo ayudas.

—Yo no tengo dudas, pero él sí. No se cree que le ofrezcáis recuperar la vista sin contrapartidas.

—En eso tiene razón. Mi padre ha invertido en empresas de neurotecnología. Las prótesis para ciegos ya no son una novedad; la línea de investigación por la que apostamos va mucho más allá.

—¿Estás implicado en eso?

—Si te refieres a lo del tigre, no. Ya te dije que respeto los animales. Desarrollo software de realidad virtual.

—Videojuegos.

—Sí y no, Laura. Los videojuegos, por muy sofisticados que sean, no engañan al jugador. Nuestra realidad virtual será tan auténtica que el cerebro será incapaz de detectar que es falsa.

—¿Y qué relación tiene eso con devolver la vista a Félix?

—Para conseguir un grado de inmersión total, el jugador recibirá la información directamente en su corteza visual —señaló la parte trasera de su cráneo— sin pasar por los ojos.

—¿Habéis ensayado eso con alguien?

—La prótesis que se implantaría a tu amigo se basa en diseños ya probados en hospitales de todo el mundo. Todavía no está homologada, y por eso los ingenieros necesitan ajustarla. Los ciegos son la mejor opción, porque aunque los microelectrodos del implante dañen la corteza visual del paciente, en los ciegos no importaría.

—Félix podría morir si algo va mal.

—No hay garantías absolutas de éxito, si es lo que pides. Incluso sacarte una muela es peligroso: una infección bucal puede complicarse y matarte por septicemia. Te he mandado a tu móvil un contrato donde explica los riesgos y condiciones de la operación. Léeselo a Félix, y si acepta, me lo devuelves firmado y mi padre avisará a su gente. A partir de ahí, tu amigo no tendrá que preocuparse de nada.

—Se lo leeré.

—Hay otro posible candidato para recibir el implante. Si Félix tarda en decidirse, mi padre no mantendrá esta oferta mucho más tiempo.

—Hoy mismo hablaré con él. ¿Podría modificar alguna cláusula, si no se convence?

Luis negó con la cabeza:

—Podrías negociar si fuereis a pagar por la operación. Me temo que si tu amigo exige cambios, mi padre elegirá otro candidato.

III

En su consulta de psiquiatría, Andrés Millán estudiaba el expediente clínico de su siguiente paciente, mientras una parte de su mente divagaba sobre la charla que mantuvo con su amigo Albino. Este necesitaba urgentemente dinero para evitar el cierre de su clínica y le había propuesto entrar en el negocio como socio inversionista. Andrés no tendría que dejar su empleo en el hospital, ni siquiera perder la dedicación exclusiva; solo invertir dinero, que recuperaría con beneficios dentro de unos meses.

Pero Andrés no estaba en mejor situación que Albino. Su separación de Ester le había dejado con lo justo para subsistir. Tenía que pagar la hipoteca del chalé familiar, una pensión compensatoria a Ester durante dos años, otra de alimentos para Laura hasta que acabase la carrera y encontrase un trabajo, abonar el alquiler del apartamento donde Andrés vivía... No le quedaba un céntimo en el banco y raro era el mes que no acababa en números rojos.

Su feliz vida de casado se había ido a pique. Aunque Albino era consciente de su apurada situación económica, le había pedido que se sacrificase por él. Debía estar muy desesperado para ponerle en aquel compromiso. Andrés le había ofrecido una habitación si se quedaba sin trabajo, pero desgraciadamente no podía darle más. Solo tenía una vivienda en propiedad y ya estaba hipotecada.

Ester se había enamorado de Ginés, un individuo asqueroso. Andrés lo conocía de la escuela secundaria; era una montaña de músculos y testosterona sin modales que podía destrozarte de un puñetazo. Tenía delito que, con todos los hombres buenos que había en la Tierra, su mujer quisiese a

aquella bestia. Ginés compensaba sus profundas carencias intelectuales con su habilidad para el baile y un indudable éxito sexual con las mujeres. Por lo que le había contado Laura, Ginés había tenido una discusión con Ester y le había pegado. Su ex mujer era tan estúpida que ni siquiera lo había denunciado, aunque lo había echado de casa.

Sacudió la cabeza. Durante su matrimonio, ella le había reprochado muchas veces que no era un hombre de verdad, que tenía horchata en las venas. Tal vez ella fuese una masoquista que disfrutaba con individuos que la humillaban. Había gente dispuesta a pagar por lamer botas y dejar que la azotasen; quizá había tenido a Ester en un pedestal, cuando lo que ella quería era otra cosa.

Apartó aquella molesta idea de su cabeza e hizo pasar a su siguiente cita.

Se trataba de Darío Olmo, un antiguo paciente al que había tratado de trastornos de personalidad hacía varios años. Sufrió un episodio psicótico que respondió favorablemente a la medicación y que, por fortuna, no se reprodujo. Su última visita fue hace año y medio, para hacerse una revisión de rutina.

Podría ser un paciente más, pero Darío era inspector jefe de una del las brigadas anticorrupción más combativas del ministerio de Ética, especializada en tráfico de influencias y sobornos en el campo sanitario. Darío había saltado a los noticiarios al desarticular una red de falsificación de test de idoneidad pública en el hospital general de Valencia. Un psiquiatra, un neurólogo, dos administrativos y el gerente del centro habían acabado en prisión por alterar los análisis de cinco cerebros fríos para que pasasen la prueba. La brigada de Darío estaba investigando ramificaciones de la trama en otros hospitales de España.

Verlo aparecer en su consulta, cuando no se habían apagado los ecos de la operación valenciana, le hizo temer que el motivo real de su visita no fuese estrictamente de salud, sino el prelude de otra investigación que le había conducido, por motivos oscuros, a su centro de trabajo.

Andrés tenía razón en parte. La gerencia del hospital había recibido presiones de un alto cargo del Gobierno para

que se anulase por defectos técnicos el test realizado a Soto y se repitiese en un centro concertado, quizá más proclive a hacer la vista gorda. Para garantizar la limpieza del sistema, aquellos que solicitaban un TIP no podían escoger el hospital que le realizarían la prueba.

Soto no había elegido a Andrés para realizar el test. Le habían obligado a acudir allí.

—Los ficheros digitales de la resonancia magnética de Soto están a tu disposición —dijo Andrés—. ¿Quieres que te los entregue ahora?

—Ya los tengo —dijo Darío—. El director del hospital me los dio. Haré que nuestros peritos forenses los evalúen, pero no tengo dudas de que confirmarán tu dictamen. Hasta ahora nunca me he encontrado con una resonancia positiva que fuera falsa. Sería muy fácil tumbarla; Soto se haría otro análisis por su cuenta y descubriría el engaño. Los cerebros fríos saben perfectamente que lo son. Si piden un contraanálisis es porque creen que el dinero les permitirá pasarlo.

—No me habían notificado que el ministerio de Ética había abierto una investigación acerca de uno de mis pacientes.

—Relájate, Andrés, no he venido a investigarte. Sé que me he labrado fama de implacable, y estoy orgulloso de ella, pero tú y yo estamos en el mismo bando.

Andrés esbozó una sonrisa forzada. Darío era conocido con el apodo de *Van Helsing*, cazador de vampiros y hombres lobo.

—Los monstruos pululan a nuestro alrededor, disfrazados de personas normales —comentó Darío—. Se confunden con su entorno y pasan desapercibidos, pero son la encarnación del mal. Manipulan a los demás, se aprovechan de sus debilidades, los esclavizan, los exprimen y después los arrojan al cubo de basura. Los psicópatas no son personas: son depredadores. Tu misión es detectarlos a tiempo e impedir que sigan causando daño a la sociedad; la mía, que profesionales como tú hagan su trabajo sin interferencias. Somos la primera línea de defensa de la sociedad contra el mal y es una responsabilidad que debemos lucir con orgullo.

—Yo solo hago mi trabajo —dijo Andrés, reacio a poses grandilocuentes.

—Ojalá todos los médicos fueran como tú. Aunque ahora que lo pienso, si así fuese me quedaría sin trabajo. Pero a veces lo prefiero. Creamos el ministerio de Ética para luchar contra la corrupción y si dejásemos de ser necesarios, lo celebraríamos, porque habríamos cumplido nuestro objetivo. Pero no podemos soñar con eso. El mal no desaparecerá aunque todos los ciudadanos pasen por el escáner. Incluso superando el test, la capacidad de hacer daño sigue latente. Podemos neutralizar a los cerebros fríos, los más perversos, pero no erradicar la pandemia, porque la maldad es consustancial al ser humano. Por eso nunca me quedaré sin trabajo.

Andrés asintió y garabateó en su cuaderno. Darío estaba divagando. Llevaba un buen rato hablando sin concretar el motivo de su visita. Teniendo en cuenta que *Van Helsing* no era un paciente cualquiera, Andrés tampoco se atrevía a contrariarlo.

Darío contempló con inquietud que su psiquiatra empezaba a tomar notas, y tomó conciencia de que no estaba allí en su papel de inquisidor, sino de paciente. Nada tenía contra aquel médico y no había venido allí a incordiar, sino a manifestar que algo no iba bien en su cabeza.

—Tengo lagunas de memoria —confesó.

Andrés dejó de escribir y lo miró fijamente:

—¿Desde cuándo?

—Hace un par de meses. Se me olvidan cosas. Al principio lo achaqué al estrés, pero me di cuenta de que no remitía. Tengo cuarenta años y me da pánico pensar que podría sufrir Alzheimer.

—He estudiado los resultados del último análisis que te realizó tu médico de cabecera. No aparece ningún marcador que indique que sufras una enfermedad neurodegenerativa.

—Sí, me informaron de ello antes de venir aquí. Tal vez debería ir al neurólogo, para que me hagan un TAC.

—Te lo haré a ver si encontramos algo. Cuéntame más sobre esas lagunas que sufres.

—A veces descubro por la mañana que hice cosas la tarde anterior, de las que no me acuerdo.

Andrés le hizo varias pruebas para evaluar su memoria: sucesiones de números, preguntas sobre acontecimientos pasados, puzzles de dificultad creciente, así durante media hora. Darío respondía bastante bien; no tenía dañada la memoria a corto plazo y recordaba los sucesos relacionados con su trabajo diario en la brigada de investigación, pero no se acordaba de lo que había cenado o qué había hecho la tarde del día anterior. Era muy extraño.

—¿Qué tal van tus dolores de columna? —dijo Andrés, examinando su historia clínica.

—Bajo control.

—¿Tomas drogas?

—No. Los análisis de sangre y orina están limpios. En el ministerio nos hacen uno cada seis meses.

—Hay sustancias de acción rápida que desaparecen del torrente sanguíneo, pero dejan rastros en el organismo.

—Puedes tomar una muestra de mi pelo y analizarlo. No me importa.

Andrés tomó unas tijeras y le cortó unos cuantos cabellos, que introdujo en un tarro de plástico.

—Hasta ver el resultado de las pruebas que te he prescrito, no voy a recetarte ningún medicamento —dijo el psiquiatra.

—Me preocupa que si algo le pasa a mi cabeza, afecte a mi trabajo.

—Tu salud es más importante que tu empleo.

—Eso sería cierto en la mayoría de los empleos, pero no en el mío.

—Otros podrían sustituirte si fuese necesario.

—Las personas que investigo no son ladrones de gallinas. Tienen influencias en las altas esferas y no sienten pudor en utilizarlas. Mira ese canalla de Soto, al que evaluaste. Le faltó tiempo para enredar y presionar al hospital para que echasen por tierra tu trabajo y le diesen la vuelta a su caso. No puedo bajar la guardia un solo día, Andrés, y en mi brigada hace falta el control constante de un jefe.

—Pronto te avisarán para que vengas a hacerte las pruebas que te he pedido. Tómate la vida con tranquilidad y recuerda que nadie es imprescindible.

Sus palabras no tuvieron un efecto balsámico en su paciente, que salió decepcionado de la consulta, pensando que no le había recetado ninguna pastilla. Andrés no era partidario de expedir recetas sin estar seguro de su utilidad. La medicina había avanzado mucho en la última década y se comprendían mejor los mecanismos que usaba el organismo para autorrepararse. Cada persona lleva en el interior de su cabeza un laboratorio de síntesis, puede dar instrucciones a otras partes del cuerpo para que combatan una infección, destruyan un tumor o aceleren la reconstrucción de una fisura ósea. Si descubres cómo se aprietan esas teclas dentro del cuerpo, muchos tratamientos farmacéuticos pueden reemplazarse por terapias no invasivas.

Su amigo Albino era un acérrimo defensor de la medicina sin medicinas; sostenía que cualquier enfermedad podía ser curada si se poseía un conocimiento profundo de cada pequeña pieza del cuerpo. Sus tratamientos para lograr la reconciliación de matrimonios mal avenidos, a pesar de las risas socarronas de sus colegas, funcionaban. Pronto empezaría a tratar pacientes politoxicómanos, con trastornos obsesivo-compulsivo, niños con déficit de atención, una panoplia de patologías que combatiría sin fármacos. Un revolucionario que tenía enfrente una poderosa industria farmacéutica, que carecía de interés en que los tratamientos de médicos excéntricos se popularizaran.

Se preguntó qué podría perder si llevaba a su ex mujer a la clínica. Tal vez ahora que Ester había echado de casa a Ginés, sería la ocasión de intentarlo. El problema era que ella no quería ni verle, y no podía conducirla a la clínica contra su voluntad. Albino obtenía resultados con matrimonios al borde de la ruptura, pero Ester y él estaban separados.

No estaban al borde del precipicio: ya habían saltado al fondo del barranco y cada uno se había ido por su lado.

CAPÍTULO 3

I

Albino salió de la boca de metro y caminó durante varios kilómetros, buscando la dirección indicada en la tarjeta. Aquella zona había sido un pujante barrio industrial del sureste madrileño en el pasado, pero se había convertido en un erial tras la última crisis económica. Los contenedores de basura estaban vacíos porque nadie generaba desperdicios, aunque sí vio algunas sombras en el interior de inmuebles abandonados. Quizá debería haber venido en taxi, pensó; aunque de todos modos no llevaba nada de valor que pudiesen robarle. Más que la presencia humana, lo que le inquietaba era la ausencia de ella. Las calles escasamente pobladas de la capital carecían de luz para ahorrar dinero a los contribuyentes; solo eran las cinco de la tarde y, aunque suponía que tendría tiempo de sobra para volver a la boca del Metro con luz diurna, si se retrasaba no quería pasear a oscuras por aquellas aceras muertas.

Llegó al número 143 de la calle; la hiedra ocultaba el rótulo original del edificio, de tres pisos. Vio un par de vehículos estacionados en la manzana, un deportivo rojo y un utilitario desvencijado de tres puertas, color gris. El deportivo era de Max.

Su odioso colega le estaba esperando, fumando un purito en el vestíbulo del inmueble:

—Sabía que vendrías —sonrió—. No tenías opción.

—¿Qué se supone que es esto? —Albino señaló los

desconchados de pintura de las paredes—. ¿Una clínica?

—Ya sé que tiene peor aspecto que la tuya, y mira que es difícil, pero no te preocupes: podrás ponerle tu toque personal. Arriba está tu centro de operaciones. Te lo enseñaré.

Albino observó que había un ascensor junto a las escaleras, pero Max, pese a lo gordo que estaba, no se montó en él.

—Está estropeado —dijo—. Vendrán a arreglarlo un día de estos.

—¿Qué pasa si tengo que atender a un paciente que viene en silla de ruedas?

—Tienes a un ayudante —señaló arriba, mientras subían las escaleras.

Un joven de veintitantos años les esperaba, sonriente, vestido con bata blanca.

—Albino, te presento a David. Estudia medicina y te echará una mano en lo que necesites.

—Mucho gusto, señor.

Albino estrechó la mano del joven, suave y frágil.

—Es amigo de mi hijo —explicó Max en tono sombrío.

—¿Me va a ayudar un estudiante?

—Es muy competente. Te sorprenderá.

—Lo menos que necesito ahora es que me sorprendas aún más.

—Pues aún no has visto nada —Max le condujo hasta la sala de quirófano. Estaba equipada con el instrumental básico, un esterilizador del tamaño de un horno doméstico y, en la habitación adyacente, un equipo antiguo de rayos X, comprado de ocasión en alguna subasta, y un escáner neural portátil. Él tenía uno igual en su clínica. No se podían comparar a los costosos equipos de hospital, pero en algunas situaciones resultaban más prácticos y manejables.

—No te quejes —dijo Max, mirando la cara que ponía Albino al mirar el aparato—. Por lo menos tienes uno.

—¿Qué se supone que hacéis aquí?

Max iba a explicarle su cometido, pero recibió una llamada en el móvil y se retiró a atenderla. Cuando regresó, le dijo algo al oído al joven estudiante y se dirigió a las

escaleras:

—Mañana recibirás a tu primer paciente. Tu ayudante te explicará lo que necesites saber.

Albino lo contempló alejarse con alivio. No le gustaba que Max estuviese cerca, controlando cada paso que daba. El muchacho parecía manejable. Sin la presencia de aquel gordo incordiante y sus pestíferos cigarros se mostraría más colaborador.

—¿Tienes la ficha médica del paciente de mañana, o tendré que operar a ciegas?

—Así que ya se lo ha contado Max —dijo David.

—¿Contar el qué?

—Que va a operar a un ciego.

—Yo no hago ese tipo de cirugía. Mi especialidad es...

—No tocará los ojos. Operará directamente sobre su córtex visual, la zona del cerebro donde se procesan las imágenes.

—Sé lo que es el córtex visual —gruñó Albino—. Es una operación delicada. Necesitaré...

—Tenemos lista la prótesis, y solo es precisa acoplarla al paciente con implante de microelectrodos. Su trabajo consistirá en realizar diversas incisiones craneales hasta llegar a la duramadre. La profundidad de los filamentos se regula desde la consola médica, siguiendo la organización columnar de las neuronas. Pueden crecer y desarrollarse en una estructura de raíces capilares microscópica.

—¿Nada de meter la prótesis dentro del cerebro?

—Solo se introducen en el encéfalo los microelectrodos. La intervención será externa para reducir los riesgos de infección y hemorragia. Yo me encargo personalmente de esterilizar todo el instrumental.

—Pues has hecho un trabajo penoso. Este quirófano está más sucio que mi cuarto de baño y no operaré aquí a nadie mientras quede el más mínimo resto de suciedad en esta habitación. Además, a un quirófano no se puede entrar con el calzado de la calle si no se va protegido. ¿No te lo han enseñado en la universidad?

—Sí, señor, pero como le decía, el peligro de infección es casi inexistente por el tipo de operación que le he descrito.

—No sé que clase de médicos han operado aquí antes, pero si han recurrido a mí es porque no lo han hecho bien. Aunque a ellos no les importase trabajar en estas condiciones; a mí sí, y harás lo que te diga.

—Desde luego.

—Cuando acabes de limpiar el quirófano, rascarás los desconchados de las paredes y le darás una buena mano de pintura. No quiero que ninguno de nuestros pacientes se lleve una mala impresión de este lugar.

—Respecto a eso...

—Sí, ya sé que el primero será un ciego y que dará igual, pero aún así quiero que este lugar tenga un aspecto decente.

—Quería decir que los pacientes que acuden a este lugar no son exigentes. Nada exigentes.

—Echaré un vistazo esta tarde a sus historias clínicas.

—Me temo que no están disponibles. Max me dijo que solo tendrá acceso a la información estrictamente necesaria para la operación.

—¿Tengo algún ordenador donde pueda consultarla?

David le acompañó a un pequeño despacho, dotado de una mesa, una silla de plástico y un ordenador. Ni siquiera había impresora. Albino se sentó frente a la pantalla y accedió al sistema de archivos de la clínica.

—Su paciente se llama Félix Leal. Es el primer nombre de la lista.

Albino accedió al expediente. Veintiún años. Perdió la vista en un accidente de tráfico a los dieciséis en el que falleció su padre. Los análisis eran normales; no iba a requerir anestesia general, sino solo local, en el cuero cabelludo. Echó un vistazo a la prótesis y quedó maravillado.

—Circuitaría de grafeno —explicó David—. Se fija al cráneo con biopegamento.

El equipo se completaba con dos ojos con cubierta de silicona, rellenos de gel, Su matriz fotosensible transmitía la luz de forma inalámbrica al chip de la parte posterior del cráneo.

—La novedad de este equipo es que los ojos son opcionales.

Albino sacudió la cabeza. ¿De dónde había salido aquel idiota?

—Me he expresado mal —se apresuró a añadir el joven—. El chip puede procesar cualquier fuente de luz captada por un periférico compatible con su software. Eso significa...

—Que el paciente no necesita estos ojos para ver.

—Cierto. Podría ver en su cabeza las imágenes de una cámara de seguridad situada en la calle, o en el otro extremo del mundo, y conmutar a voluntad entre el conjunto de fuentes disponibles.

—Como si tuviera en su cabeza cien canales de televisión para sintonizar.

—Brillante observación.

—Deja de darme coba. El cubo de la fregona ha preguntado por ti, así que dale caña. Si te necesito, ya te llamaré.

Al quedarse solo, Albino intentó acceder al registro de pacientes de la clínica. Estaba encriptado, pero eso para él solo era un pequeño inconveniente. Introdujo su *pendrive* en un puerto libre y ejecutó un programa que descifró la protección en un par de minutos.

Abrió el listado y se puso a repasar los nombres. No pudo creer lo que vio.

—Max me advirtió que tratarías de hacer eso —dijo David, asomando de nuevo por la puerta. No llevaba ninguna fregona.

—No estaba haciendo nada.

David le mostró un mensaje en la pantalla de su teléfono móvil:

—Una alerta antiintrusos. Yo mismo la programé —el joven sonrió—. Conozco tus andanzas en la red. Incluso sé tu apodo en los foros de hackers: *perro viejo*.

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, Albino, no tienes que fingir conmigo. Sé que reprogramaste un circuito MicroRay clase IIIb transcraneal, y compartiste en la red el código fuente.

A Albino le inquietaba todo lo que aquel listillo sabía de él, y más aún el uso que podría haber planeado dar a

aquella información.

—Hay una amiga mía en este listado —Albino trató de acceder a su historia clínica, pero apareció un mensaje de error.

—Es inútil que trates de entrar en los expedientes. Para romper la protección necesitarías una red de ordenadores esclavos trabajando durante días.

—Se llama Belén. Es el cuarto nombre de esta lista. ¿Qué puedes decirme de ella?

—Nada, pero me da miedo pensar que ha estado en este lugar. Incluso para una operación simple como la que te han encargado hay que saber cirugía. Max no tiene el pulso necesario: se le iría el taladro, pasaría de la duramadre y le provocaría al paciente un agujero en el lóbulo occipital y una hemorragia que le conduciría a la muerte. Max es un buen tipo, pero aún estando sobrio no pondría mi vida en sus manos.

—¿Qué le habéis hecho a mi amiga? ¿Por qué acudió aquí? ¿La trajisteis engañada?

—Yo no la atendí.

—Dame una copia de su historial, maldito gilipollas —Albino se levantó y se abalanzó contra el muchacho—. ¡Dámela!

—No puedo, pero intenta llevarte una copia, si no me crees. No te servirá de nada.

Albino pensó unos instantes. Tal vez David estaba diciéndole la verdad. Regresó al ordenador y trató de copiar en su pendrive la información relativa a Belén.

—Sé que hasta hace unos meses, aquí se hacían implantes al viejo estilo, levantando la tapa de los sesos —explicaba el joven—. Resultado: aneurismas, embolias, hemorragias intracraneales, meningitis...

—Por eso me llamaron a mí.

—Sí. Algunos pacientes no quedaron demasiado bien.

—¿Belén se encontraba entre ellos?

—No lo sé. Pero si es amiga tuya, supongo que la habrás visto últimamente. ¿No le has notado nada raro?

Albino llevaba seis meses sin verla. Habían tenido una fuerte discusión y desde entonces no se dirigían la palabra. Su

mente se pobló de ideas horribles sobre lo que podía haberle ocurrido.

—¿La atendió Max? ¿Qué le hizo? Tengo que saberlo.

—A mí me cuentan lo imprescindible, y me pagan todavía menos. Supongo que tú no tendrías dónde elegir, o no habrías acabado aquí.

—Mis problemas personales no son asunto tuyo.

—No quiero que veas en mí a un rival, sino a un colaborador. Con independencia de lo que hayamos hecho en el pasado, estamos aquí, vamos a trabajar juntos y puedo decirte que, en contra de lo que sugiera este lugar, hay una sociedad de capital riesgo que ha invertido mucho dinero.

—¿Y han elegido este basurero?

—Si lo hicieran en Silicon Valley llamarían demasiado la atención, y es lo que menos desean los inversores. Míralo por el lado bueno, Albino: vas a trabajar con equipos que no ha visto casi nadie en el mundo, y encima te van a pagar.

—Ayúdame a que saque el expediente de Belén del ordenador, y luego seguimos hablando.

—No me estás escuchando ¿verdad? —David se encogió de hombros.

Albino marcó en su móvil el teléfono de Belén. Fue inútil.

—Solo una lista restringida de números tienen cobertura en este lugar, por cuestiones de seguridad y geolocalización.

—He venido hasta aquí a pie. Sé dónde está este edificio.

—El inhibidor selectivo de frecuencias afecta a varias manzanas a la redonda, y como no tenemos vecinos, nadie se ha quejado. Cierto que no necesitas tu móvil para regresar a este lugar porque conoces la dirección, pero Max te ha advertido de que sería imprudente que revelases su existencia. Ninguno de los pacientes que han pasado por aquí sabe dónde está. Si no me crees, pregúntaselo a tu amiga cuando vuelvas a verla. Suponiendo que siga viva.

La máquina de la felicidad. 283 páginas

© José Antonio Suárez, 2016

Reservados todos los derechos

<http://www.joseantoniosuarez.es>